

por la materia y el espíritu, que da por resultado el MUNDO MICROSCÓPICO, el YO, y con ayuda de las ideas de la época que iluminan la razón y bañan la naturaleza de los hombres.

Habla el teófilo señor Borbón del proyecto de Ley Reglamentaria del derecho de reunión, y en verdad que nos abruma cruelmente con sus argumentos de hierro. Dice que está tomado al pie de la letra de la hija del Imperio francés, cosa que nosotros ignorábamos; porque con habérsenos asegurado que ese señor Imperio, á causa de haber jurado promesa de castidad, no había dejado descendencia masculina ni femenina, no podíamos atribuirle una hijita tan aprovechada, como que es perita en achaques de leyes y enredos constitucionales.

Dice que si á un hombre le sacan un ojo no puede andar como si tuviera sus dos piernas, y que si le cortan una pierna no puede ver como si tuviera sus dos ojos.

Habla del pacto social, de las instituciones político-sociales que no resisten la expansión del pensamiento que se explica por la naturaleza sobre hechos razonables, bases científicas y pasan como curiosidades á los archivos históricos en autoridad de cosa juzgada, siendo sustituidos por otros que vendrán á ser reemplazados sucesivamente hasta que se adapten EN LA ETERNIDAD QUE NOS CORRESPONDE EN LA TIERRA.

Con menos hubiéramos tenido para echar á correr «sombbrero en mano» y declarararnos en derrota.

Felicitemos á «La Prensa Libre» por haber dado albergue á esa halaja filosófico-literario-gubernamental, y enviamos nuestro sincero aplauso á DON TEÓFILO Borbón.

LA MUJER DE SU CASA.

Confesemos, queridos lectores, que no hay mujer en el mundo como la mujer de su casa.

Modesta, hacendosa y discreta, sólo vive para hacer la felicidad de su esposo y amar á sus hijos.

No la ciegan la vanas pompas del mundo y vive encerrada en su casa, alegre y feliz como esos pajarillos encerrados en humildes jaulas, donde lejos de pensar en su libertad perdida, cantan que se las pelan.

La mujer de su casa se cuida muy poco de la ajena, y por tanto no peca de chismosa y entrometida, defecto de que adolecen por desgracia tantas... señoras.

El afortunado mortal que está casado con una mujer así, es digno de envidia, pues lejos de hacersele pesada la cruz del matrimonio, la soporta fácilmente porque tiene quien le cuide, quien satisfaga sus caprichos y quien adivine sus pensamientos, y encuentra inefable goce en la vida conyugal.

Se quejan muchas mujeres de que sus maridos frecuentan demasiado el café ó el casino, y no ven en su ceguera que ellas tienen la culpa, porque el hombre es siempre niño y los niños huyen del que no los trata con cariño y amor.

¿Qué mucho que esos hombres aborrezcan el hogar doméstico, si en él sólo encuentran desazones y disgustos?

La mujer de su casa no piensa en bailes, ni en paseos, ni en teatros, porque esas diversiones le robarían un tiempo precioso, que quiere consagrar más bien á la educación de los hijos.

Comprende perfectamente cuál es su misión, y se hace esclava de sus deberes.

—Pero, mujer, le dice á veces su marido, vas á caer enferma con tanto trabajo.

—Qué sabes tú! salta ella al momento; esto me da más bien la vida.

—Pero sal á paseo.....

—No tengo tiempo, hijo.

—Otras disponen de un momento para salir á tomar el aire.

—Dios sabe cómo andará su casa.

—¿Qué importa?

—Una friolera! La que pasca mucho descuida el gobierno de la casa, y casa sin gobierno es un infierno.

—Vamos, contigo no puedo discutir. Mire usted que es mucho cuento!

—Además, esas mujeres gastan un dineral en trajes y cintas y perrifollos, y conviértese en una carga onerosa para el marido, que acaba por renegar el día que le vino á las mientes la idea de casarse.

—No, lo que es eso no.....

—Anda, tonto, que no sabes de la misa la media; hoy te tengo preparada una sorpresa.

—¡Hola ya sé qué es.

—A ver?

—¿Me habrás bordado algún pañuelo, eh?

—No, Señor.

—¡Qué demonio, pensaba....

—Es cosa de comer. Y que á tí te gusta mucho!

—Riñones!

—No, no es eso.

—Pues, chica, será otra cosa; lo que es yo, no caigo.....

—¡Torpe!

—Será.... será.... dime, nada eso en el agua?

¡Quita, hombre!

—El caso es que se me hace la boca agua, y sin embargo, no sé aún de qué se trata.

—Pues bien, se trata de todo un señor pollo, en salsa de tomate!

—¡Sublime! ahí va un abrazo por la sorpresa.

—Quita, hombre, quita.

—Qué! te incomodas?

—¡Muchito!

—Es una nueva prueba de afecto que te da mi corazón.

—Dí más bien tu estómago.

Tal vez algunos se habrán reído al leer las precedentes líneas... Peor para ellos, pues no comprenden toda la poesía que encierran estas conversaciones íntimas que hacen las delicias de los buenos casados.

Si es prosa la vida del hogar, confesemos que esa prosa abunda en imágenes bellísimas y es mucho más pasable que la poesía de los salones.

Pero volvamos á la mujer de su casa.

Hemos dicho que detesta de las diversiones públicas, porque le obligan á abandonar su hogar, que es su elemento y en cuya atmósfera tan sólo vive y respira y alienta.

Sáquenla ustedes de ahí y se apagará la sonrisa en sus labios, y contestará de un modo incoherente á las preguntas que se le dirigen, porque su pensamiento está fijo constantemente en su casa y su familia.

No es como esas mujeres que andan todo el santo día luciendo su garbo por esas calles de Dios, y olvidan la costura y todas las faenas propias de su sexo.

Hemos conocido una de las Señoras, que dió margen á un delicioso epigrama.

—¿Qué demonios hace todo el día en la calle doña Isidora? preguntó uno.

—Caballero, está en su casa, contestó el otro.

La mujer de su casa rara vez devuelve las visitas, pues á esta sola idea tiembla

y se espeluna, como si se tratara de llevar á cabo una empresa verdaderamente titánica y superior á sus fuerzas.

Fija el día y la hora para ir á ver á las de Pérez ó á las de López; pero llega el momento perentorio y lo deja para otro día.

En cambio recibe muy afable á sus relaciones, entre las que no faltan algunas maldicientes que con embozados términos critican su conducta.

—¿Qué quieren ustedes? Dice ella, soy enemiga de salir á la calle y se me pasa el tiempo sin sentir, encerrada entre estas cuatro paredes.

—Pero debía usted frecuentar los bailes, exclama una romántica beldad, que se muere por las polkas íntimas.

—Soy casada, señorita, y una casada no hace ninguna falta en el baile.

—¡Bah! murmura una jamona con presunciones de niña, el baile es una diversión muy inocente.

(Se continuará.)

Los heroes del trabajo.

(Por Camilo Flammarion.)

Cuando Isaac Newton vino al mundo, era tan débil que se creía no podría vivir; tanto, que dos mujeres enviadas á la ciudad por medicamentos para él, no se apresuraron en llevarlos creyendo encontrarlo muerto. Lo mismo aconteció con Descartes y Voltaire. Es por el solo ejercicio de sus facultades que los hombres eminentes alcanzan esa reputación de ciencia que no puede alcanzarse con todas las riquezas del mundo. Laplace, el Newton francés, era hijo de un pobre paisano de Beaumonten Arge, cerca de Honfleur. D'Alembert era un huérfano recogido en el pórtico de la Iglesia de San Juan le Rond, una helada noche de invierno y criado por la mujer de un vidriero. Diderot era hijo de un cuchillero de Langres. El geómetra Lefrange se vió compelido á consagrarse al estudio y al trabajo por la ruina de su padre, y él mismo decía que si hubiera sido rico no habría sido jamás matemático. El filósofo Gassendi era hijo de un pobre paisano de los Bajos Alpes. Franklin, el tipo del gran carácter, del íntegro hombre de Estado, el sabio modesto y el profundo moralista, comenzó por ser cajita de una imprenta. El laborioso químico Vauquelin nació en una de las más humildes chozas de un reducido pueblo de Calvados. Después de trabajar algún tiempo en Roven en cuidar las hornillas de un boticario, se fué á París en busca de mejor suerte, donde cayó enfermo y tuvo que aislarse en un hospital. Sin embargo, á fuerza de laboriosidad y constancia, consiguió en tiempo de la República que se le agregase á la escuela de farmacia, alcanzando después ser miembro del instituto, profesor en el Colegio de Francia, en la escuela politécnica, y que se le considerase como uno de los padres de la química moderna, conservando siempre su bondad y sencillez de maneras. El gran químico Davy, arrastrado por su vocación desde su infancia hacía experiencias químicas, hizo sus primeros ensayos con cacerolas y frascos de botica que le proporcionaba su maestro. Faraday era encuadernador cuando fué sorprendido por Davy leyendo un artículo sobre electricidad, haciendo que éste le diese una tarjeta para que concurriese al curso de este ramo, y alcanzando á ser, por la concentración de su espíritu, el primero de los físicos contemporáneos.